

Homilía D. Jesús Pulido 20 de febrero de 2022

Queridos hermanos:

Es un gran gozo para mí celebrar hoy la eucaristía por primera vez en la santa Iglesia concatedral de Santa María, y dar los primeros pasos del ministerio episcopal en esta preciosa ciudad.

Quiero saludar a las autoridades que, con su presencia, dan un cierto carácter institucional a esta celebración. Muchas gracias por su acogida, señor alcalde, corporación municipal, subdelegado del Gobierno en Cáceres y demás autoridades civiles y militares.

Agradezco a todos ustedes, sacerdotes, diáconos, seminaristas, miembros de la vida consagrada, laicos, cofradías y asociaciones y movimientos, su presencia cordial y su cálida acogida. Especialmente quiero saludar al señor deán y al muy ilustrísimo cabildo catedralicio, que cuida con todo esmero la liturgia en este templo y de la Catedral de Coria.

Esta celebración completa, de alguna manera, la de ayer, como inicio de mi servicio entre ustedes. Todavía siento fresca la unción de la ordenación y la gracia del sacramento, con la que el Señor me ha consagrado con la fuerza de su Espíritu para hacer las veces de Jesús Buen Pastor, que dio su vida por las ovejas.

Estamos celebrando prácticamente la primera misa, no de un sacerdote (que es más habitual), sino la primera misa de un obispo. Las lecturas de este domingo se prestan como anillo al dedo para ello, pues nos hablan de un punto central en la predicación de Jesús: el amor a los enemigos. Además, se encuentran en consonancia con el lema episcopal que he elegido: el ministerio de la reconciliación. La reconciliación es otro nombre de la salvación que Cristo nos ha ganado en la cruz. No consiste solo en ausencia de guerras o de violencia, sino en hacer las paces, tras una ruptura, con todos y con todo, con Dios y con la creación, con uno mismo y con los demás, incluso hacer las paces con los enemigos y los que nos odian.

El amor a los enemigos no es algo facultativo para los cristianos, sino precisamente nuestro signo distintivo, la prueba final de que estamos en el camino justo, en el seguimiento de Jesús, movidos por el amor de Dios. Así como la cruz de Cristo es nuestro distintivo exterior, el amor a los enemigos es la marca interior, la cruz que llevamos por dentro: en el corazón.

En el pasaje evangélico que hemos escuchado Jesús explica en qué se conoce (se distingue) a sus seguidores, a nosotros, y nos dice: A vosotros que me escucháis, a vosotros que me seguís, os digo: «Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen». Porque, si saludamos a los que nos saludan, si damos a los que nos devuelven, si amamos solo a los que os aman... ¿Qué hacemos de extraordinario? Eso también lo hacen los gentiles, los pecadores, los que no son discípulos e imitadores de Jesús. Ser cristianos no consiste simplemente en ser buenas personas, de las que dicen: “No mato, no robo –como el joven rico–, y ya he cumplido...”), tampoco basta con dar lo que nos sobra, como los fariseos que echaban grandes cantidades de dinero en el cepillo del templo para ser vistos y tranquilizar su conciencia. No fue a ellos a los que alabó Jesús. Seguir a Cristo pide un paso más todavía: cargar personalmente con la cruz: “El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga” (Mt 16,24). Es la cruz de la renuncia. Gráficamente lo expresa Jesús en el evangelio de hoy: “Si uno te abofetea en la mejilla derecha [es decir, si uno te humilla, te ofende], preséntale la otra; al que te quite la túnica, dale también el manto; al que toma [de lo tuyo], no se lo reclames” (Mt 5, 39ss). Estas palabras son una descripción anticipada de lo que sucedió en su pasión: uno de los

guardias le dio una bofetada; le despojaron de sus vestiduras, y Jesús se lo tuvo en cuenta. El amor crucificado es el que responde con bien incluso a quien nos hace mal; el amor crucificado es el que llega a dar, no solo a quien nos pide, sino también a quien nos quita. Es un amor salvador porque rompe la cadena del odio y el egoísmo.

Jesús firmó con su propia sangre: en el monte de los Olivos, llamó a Judas “amigo” precisamente en el momento que lo traicionaba; y clavado en la cruz, pidió por sus enemigos: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

“En esto sabrán que sois discípulos míos –dice en otra ocasión Jesús–: si os amáis como yo os he amado”. Jesús nos amó hasta el extremo: Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos. El amor a los enemigos es otra versión del mandamiento nuevo, pues supone una forma de renuncia, lo más parecida al de Jesús en la cruz.

Este mandamiento del amor a los enemigos es una novedad del cristianismo, que supera los contenidos de cualquier otra religión o filosofía. De hecho, no se encuentra fuera del Evangelio. Y este mandamiento es una consecuencia de la revelación de Jesús: que Dios es nuestro Padre. “Sed misericordiosos como el Padre es misericordioso”.

El amor a los enemigos es nuestra mejor participación en el amor de Dios, del que nadie está excluido. En este mundo, Dios manifiesta especialmente su poder y omnipotencia con el perdón y la misericordia. Los cielos nuevos y la tierra nueva se hacen realidad ya en este mundo en la medida en que es reconciliado en el amor. “Ser misericordiosos como el Padre es misericordioso” es la forma de experimentar anticipadamente aquí en la tierra la alegría de Dios en el cielo, la alegría de quien encuentra la moneda, la oveja perdida, de quien recupera un hijo que estaba muerto y ha resucitado, y no tiene más remedio que ir a compartirlo con sus amigos y vecinos. Esa es «la dulce y confortadora alegría» de la evangelización, del evangelio, tan necesaria hoy para que la Iglesia realice su misión.

Los grandes y rápidos cambios sociales ponen a prueba nuestra capacidad de salir al encuentro de las personas, compartir sus esperanzas y tristezas y llevarles así al encuentro con Cristo. Frecuentemente nos topamos con la indiferencia religiosa, no solamente de los que no tienen fe, sino también de muchos de nosotros que nos decimos cristianos, pero vivimos y organizamos la vida «como si Dios no existiera», sin el distintivo cristiano de la cruz por fuera y del amor crucificado por dentro. Nuestra sociedad secularizada da por hecho que la fe es una cuestión privada, reservada, íntima que no tiene nada que ver con la vida pública. En cambio, la fe que vive del amor es un motor de entrega, de generosidad, de comunión, de colaboración; en cambio, la fe que se encierra en sí misma es una fe muerta o moribunda.

El XIV Sínodo diocesano, cuyas conclusiones y directrices quiero hacer más desde el primer momento, buscó las formas más adecuadas para comunicar la alegría del evangelio en las circunstancias de nuestra diócesis de Coria-Cáceres. Y señalaba como una gran dificultad el individualismo, la falta de acogida, el encerramiento en nosotros mismos. “El individualismo obstaculiza la acción misionera de la Iglesia”, repiten de diversas formas las constituciones sinodales. El individualismo egoísta es como un veneno, que impide el encuentro y la comunión: las personas son vistas como islas, como números, sin relaciones. Partícipes de esta mentalidad, muchos cristianos viven su fe en soledad, sin comunidad cristiana de referencia, sin proyección hacia los demás. El Sínodo insiste en que, al ambiente de indiferencia y pasividad, solo podemos hacerle frente juntos, cultivando la pertenencia y la participación, integrando a las nuevas generaciones, fomentando grupos parroquiales, movimientos, asociaciones, cofradías... No hay rivales –dice el Sínodo– en la tarea evangelizadora, de lo contrario nos convertimos en francotiradores. La comunidad cristiana es imprescindible para transmitir la fe y para

crecer en ella. Hay cosas en esta vida que solo se comprenden y valoran desde esa adhesión libre que es hermana del amor. Sin el testimonio de los padres en las familias, de los catequistas y los ministros en las parroquias... sin testigos, la fe no convence, no transmite confianza y seguridad en lo que no se ve. El seguimiento de Cristo es esencialmente comunitario. Nadie puede ser cristiano por libre, por cuenta propia.

Es verdad que en los dos últimos años, la puesta en marcha de las clarividentes orientaciones pastorales del Sínodo se han topado con las consecuencias de la pandemia, que han “confinado” también a la Iglesia. Algunos templos cerraron, las parroquias han visto limitada su actividad pastoral, lo mismo que las escuelas, fábricas, oficinas, tiendas o espacios recreativos. Toda la sociedad ha sufrido la incertidumbre, el miedo y el desconcierto, que nos han impuesto el aislamiento, la distancia física y el distanciamiento afectivo. Gracias a Dios, los científicos, con gran rapidez, han encontrado unas vacunas que, según parece, nos podrán permitir volver poco a poco a una cierta normalidad. Y, aunque la pandemia no ha sido aún superada, el mundo va adaptándose a la situación y recuperando su ritmo: se van restableciendo las actividades y la vida social. También en la Iglesia tendremos el reto de convocar de nuevo, de buscar los medios adecuados para reducir distancias, encontrarnos y fortalecer la vida comunitaria, la celebración de la eucaristía, la catequesis, la acción misionera y caritativa. Me permito pedirles, desde este momento, su ayuda para que, en la medida de lo posible, reavivemos la vida y la misión de la Iglesia. Será también un servicio para nuestra sociedad que en estos momentos está necesitada del motor de la esperanza y la solidaridad para superar la hondonada en que nos ha sumido a todos el coronavirus.

Queridos hermanos, lo he dicho varias veces desde que se hizo público mi nombramiento y lo repito una vez más: vengo a Coria-Cáceres con el deseo de sumarme a una Iglesia que está en marcha, con ganas de hacer mío el anhelo evangelizador que supuso el último Sínodo diocesano. Sé que tengo mucho que aprender, pero, mientras voy aprendiendo e integrándome, cada día convertiré en oración mis limitaciones para que el Señor las supla. Pediré por la diócesis de Coria-Cáceres, para que nos distingamos por ser acogedores y solidarios de modo que nadie se sienta extraño entre nosotros, que nuestras iglesias tengan las puertas abiertas para que entren por ellas las personas que se acercan con necesidades espirituales o materiales, y abiertas también para que salgamos al encuentro de los alejados. Le pediré al Señor la ayuda de los sacerdotes, para que juntos logremos hacer de la Iglesia una casa y escuela de comunión. Le pediré al Señor por las familias, tan duramente puestas a prueba en nuestros días y que al mismo tiempo siguen siendo imprescindibles para hacer más fraterna la Iglesia y la humanidad. Le pediré que nos bendiga con vocaciones al servicio de los hermanos que renueven nuestras comunidades. Le pediré que superemos el individualismo, y con él, todo rastro de la cultura del descarte, de la insolidaridad, las rupturas intergeneracionales, que hagamos las paces con nuestra propia historia...

La Virgen de la Montaña, nuestra madre y abogada, nos une y hace de nosotros una sola familia, que ella sea nuestro modelo y nuestra intercesora.

